

les dedican oraciones y ofrendas. Si es verdad que la existencia abarca tanto la vida como la muerte, entonces no dejaré de vivir a través de los otros cuando desaparezca, si se encuentra algo que haga pensar en mí después de algún tiempo. Entonces se me dedicará el regalo de algún alimento o de un recuerdo, a cambio, eso sí, de un poco de filosofía a dos céntimos. Quizá.

*Kaohsiung, 15 abril de 1997*

\* \* \*

Cuernavaca. Llegaba a otra época, casi a otra vida. Era la Pascua y, si recuerdo bien, trataba de evitar a un marido celoso (al que apreciaba a pesar de todo, aunque pretendiese romperme la cara). Al llegar el día de los Muertos, como el Cónsul bajo el volcán, no tengo apenas más que vuestra sombra para honrar aquí, Teresita desaparecida no sé dónde desde hacía tiempo, con sus cabellos negros y su vestido de flores. Y de buena gana me río de esto, como hace la gente de aquí, ya que si todo cambia, es la muerte quien hace la vida.

En las casas que han tenido algún muerto durante el año, se levanta en la noche de Todos los Santos un altar en forma de catafalco, en una habitación preparada para tal acontecimiento. Se pone bien visible un retrato del difunto o de la difunta, y se adorna con velas y ramilletes de rosas de India. Como si permaneciera todavía entre los vivos, se muestran sus objetos cotidianos (un bastón, una azada, un martillo, una caja de costura...) y su ropa preferida (un chal bordado, una chaqueta, unas botas, un sombrero...) Y, como también es necesario que el muerto disfrute, pues la muerte no es más que otra forma de vida, se ponen cerca sus comidas favoritas y algunas golosinas, sin olvidar los puros y los cigarros.

Durante toda la noche los parientes, los amigos y los que llegan de visita, desfilan ante la cabecera al son de fanfarrias que tocan marchas y aires musicales de gran animación. De forma ordenada cada uno presenta unas flores, unos cirios, y saluda al muerto familiarmente con una plegaria o con una sonrisa. Sin tristeza particular, a veces con máscaras multicolores, aunque siempre con el mayor respeto. Cada visitante recibe entonces sopa, pasteles, un vaso de ponche o de tequila, según la riqueza de la familia.

Ah, amigos que vendréis a mi entierro, ¿es que no tendréis la gracia y el atrevimiento de lucir una nariz postiza y un sombrero de carnaval? Pienso con tristeza que os sentiréis tristes de mi triste figura de macabeo, en vez de reír, de tararear andantino, y de traerme las cosas que prefería beber o

comer —ostras y moscatel, chocolate, tartas de manzana—, cosas agradables que ver y tocar —una escultura pequeña, las obras completas de Shakespeare, y luego, ¿por qué no?, en recuerdo de algunas mujeres, también dos o tres sujetadores con los que ocultaban sus corazones. Y adelante la música, a vuestra salud, mientras que sobre el volcán, durante la noche negra y la tormenta, gira siempre la misma rueda de la luna —por el cónsul, por los muertos, por los desaparecidos de ayer y los de mañana.

*Cuernavaca, Jardín Borda, 2.XI.97*

\* \* \*

Las viejas amigas envían su retrato, una foto reciente donde se encuentran aún bellas. Son hermosas todavía.

En los archivos del escritor Henri-Pierre Roché en la biblioteca de la Universidad de Texas, se halla una pequeña fotografía de la pintora Hélène Perdriat tomada al comienzo de los años cuarenta (así está indicado al dorso por la mano de Roché). Un rostro con los rasgos suavizados por la edad, y mucho más agradable que en otros retratos de veinte años antes.

En los años de la guerra y de la ocupación, cuando se necesitaba un pase con fotografía para desplazarse de un lugar a otro, tenía su importancia el ir a hacerse media docena de fotos de carné. Después de maquillarse con cuidado y de ponerse un elegante sombrero de corto velo, Hélène Perdrat se acerca a la casa del fotógrafo de La Rochelle. Contenta con su aspecto, piensa en enviarle uno de estos pequeños retratos a su viejo amigo Henri-Pierre, que se ha refugiado lejos, en zona libre, y al que no ha visto durante años. No hay arte ni literatura aquí: tan sólo una corriente que fluye todavía entre dos personas y que es perceptible para ellas solas. ¿Qué idea tenía sobre su antigua historia cuando decide enviarle la pequeña foto? ¿Qué siente Henri-Pierre al recibirla?

La suerte de las fotografías es ir a parar un día al vertedero de basura doméstica después de la desaparición de su propietario. Raramente se salvan algunas en los archivos. Entonces las manos extrañas de los bibliotecarios y de los curiosos las manipulan y organizan en pequeños paquetes mezclando, como en un juego de cartas, unos rostros más o menos indiferenciados con nombres en su mayor parte desconocidos.

Retratos amarillentos de los padres y de la infancia. De frente. En traje de domingo. O bien en la escuela, en grupos escalonados sobre los bancos. La época de estudios, luego el servicio militar. La juventud en la que se hacen locuras. Los conocidos, las relaciones, los buenos amigos, las guapas ami-

gas y aquellas de las que se está un poco más cerca todavía. Ellas tienen sombreros y vestidos elegantes. Hay siempre una Marie Laurencin que se hace la graciosa y una Helen Hessel que, para reírse, se disfraza de hombre. Retratos, clichés improvisados, fotos movidas, fotos veladas, fotografías de Brancusi y de Man Ray... El hombre de mechones negros es Picaso y este otro, se diría Duchamp. Pero los demás, los más numerosos, ¿quiénes eran? En los últimos paquetes los cabellos se han vuelto grises, después blancos, escasos. Se bromea todavía con alguna pose chistosa. En fin, momentos en los que se está aún sonriente, en la cama. Pero ya los huesos emergen debajo de la piel.

También las ciudades en las que se ha vivido alguna vez envejecen y cambian, por suerte, al mismo tiempo que las gentes. Hay quien llega después de una larga ausencia y va sin rumbo de un lugar a otro, menos inquieto que desorientado, como quien hojea unos documentos vencidos. Aquí, una oficina, más allá, una clase que cree reconocer en la antigua universidad. En la avenida Guadalupe, el banco, dos o tres cafés, la Coop y una agencia de viajes. Un poco más lejos, se ha visto en este edificio, en estas ventanas de cuarto piso, el rótulo de *Arby's Roastbeef Sandwich Is Delicious* que pestañeaba durante toda la noche como un faro a través de cristales y de cortinas. En el número 3 del *parking* otro coche está en el lugar de Oldsmobile verde. Allí donde vivía Sam se ha construido un garaje, pero la vieja tienda *Boots and Saddles* no ha cambiado y en Dan se siguen vendiendo vinos y licores. ¿Por cuánto tiempo todavía? Detrás amenazan enormes *buildings* muy nuevos, estupendos. ¡Bah! ¿alegrase de poder aún fijar la vista sobre algunas cosas supervivientes no es una absurda nostalgia? Aquí se alejaba el viejo profesor Silberschlag que no había apartado nunca su cabeza de Viena y que aún guardaba sus impecables costumbres, y aquí, en Río Grande, estaba la casa de Carolyn. Aquí el Blue Parrot, donde la luz de una lámpara reticular se dispersaba en constantes destellos sobre las parejas de baile, ha desaparecido y, por otro lado, Betty Sue, algunos lustros más tarde, no vendría más. Allá lejos el hotel Driskill y el teatro Paramount. El restaurante Oyster Bar se ha transformado, como para no creerlo, en clínica osteopática. Regresar a la avenida Guadalupe (Sue Lyn, ¿dónde estará ahora? Probablemente mucho más feliz en un lugar más hermoso) y dar vueltas ante el Dobie Mall hasta la avenida sombría. Un día, en medio del calor sofocante, cruzarse con Jacques Brel totalmente abrigado. Volver a ver el fantasma borroso de un pequeño parque donde se obstinaban en crecer flores y rudas plantas, un parque enseguida reemplazado por una estación de servicio, y Pearl Street Warehouse donde resonaba la música por una galería de artesanado. Más lejos, a la derecha, el bulevar

donde vivían Sandy y David. En la esquina fue arrasada la librería de viejo y ya sólo queda un solar. Aquí se encuentra la rampa de hormigón que lleva hasta María Eugenia, más bien, que llevaba—. Allí tuvo lugar el accidente de coche cuando regresaba de madrugada de la casa de Zulf y de Helena. Estaba borracho, creo, oh dioses, como en una tempestad antes del naufragio. Aunque las tempestades son buenas ya que el océano renovado encuentra luego su agua tranquila.

A Manítú, Siva, Mnemosyne, a todos los dioses e incluso a la inquietante divinidad de la iglesia cientilógica recientemente edificada, se les debería agradecer que no esté todo engullido. Por ejemplo, cuando Betty Sue, inclinada hacia atrás, tira automáticamente de la falda, surge la risa, dioses, su misma risa de siempre. Se podrá creer entonces que una carcajada sobrevive en un espacio intemporal. Y algunas otras cosas todavía. Pero mejor no desarrollar esta impresión para no provocar cortocircuitos en el tiempo... Henri-Pierre Roché abre el sobre y encuentra el pequeño retrato de Hélène Perdriat. No necesitamos leer la carta, porque nada revelaría sobre sus relaciones. Henri-Pierre Roché y Hélène Perdriat han desaparecido hace mucho tiempo. El pequeño retrato no nos mira. Es un recuerdo sin memoria, a lo mejor una pieza para saqueadores de barcos hundidos. Cada uno a lo suyo.

*Austin, 17.X.97*

*Traducción y preliminar de Nilo Palenzuela*